

La amada inmortal

(El joven Beethoven)

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA

EL HALLAZGO



El incendio de la biblioteca

—¡Fuego, fuego! —oí que gritaban desde la calle.

Me aparté de la mesa del taller, en el segundo piso, donde estaba limpiando unas cubiertas de cuero, y me asomé por la ventana. Había una humareda rojiza, fluctuante, que destacaba en la oscuridad de la noche.

«Es la zona de palacio», pensé. Pero, cuando identifiqué el lugar, sentí como si el corazón me diera un vuelco.

—¡La biblioteca! —grité, sin poder contenerme.

Me había quedado sola, tras la hora de cierre, para adelantar el trabajo. Apresuradamente saqué la bicicleta de la trastienda y eché la verja.

El taller de encuadernación está en la Schillerstrasse, en el centro histórico de Weimar, frente a una tienda muy concurrida de minerales, fósiles e insectos. Pedaleando recorrí la Puschkinstrasse con todas mis fuerzas, mientras oía la alarma de los coches de bomberos, que iban delante de mí. Tras contornear la escuela superior de música, me vi en la plaza de la Democracia, ante la biblioteca coronada de llamas.

Los bomberos ya habían desplegado una escalera altísima, desde la que se proponían lanzar chorros de agua

sobre el tejado y el último piso, que al parecer era donde había empezado el incendio.

Dejé la bicicleta junto a la estatua ecuestre de Carlos Augusto y entré por la puerta principal, que estaba abierta. En la sala rococó, que es el verdadero corazón de la biblioteca, ya había gente recogiendo libros.

Subí a una escalera de mano y empecé a bajarlos yo también, sin fijarme en los títulos ni en las colecciones. Empezaba por los estantes más altos y seguía hacia abajo y a los lados, de manera caprichosa e intuitiva.

Un bombero se puso al pie de la escalera, con una caja de cartón casi llena, y me dijo:

—Ponga dos o tres libros más.

Llegó otra dotación de bomberos y organizaron una cadena humana.

Ignoro de dónde sacaba las fuerzas. Solo sé que me movía con toda la rapidez posible, saltando los escalones de dos en dos y desplazando la escalera a medida que retiraba los libros y vaciaba los estantes en las cajas que me tendían los bomberos.

El agua de las mangueras caía sobre nosotros desde el tejado, y los ojos me ardían.

Unas ascuas cayeron revoloteando junto a mí, como mariposas de fuego. Al apartarme tropecé con el pedestal del busto de Goethe. En vida había sido un voluntario director de la biblioteca, o al menos eso era lo que de él se contaba, pero, una vez convertido en mármol, asistía imperturbable al desarrollo del incendio.

Más allá, asomando entre los estantes, distinguí los bustos de otros personajes ilustres que en algún momento habían residido en Weimar: Bach, Herder, Schiller, Listz, Nietzsche...

«No nos salvéis a nosotros. Salvad nuestras obras», parecían decir.

Cambié de estantería y seguí bajando libros y manuscritos, que los bomberos recogían y transportaban a la calle. Por encima de nuestras cabezas, el tejado continuaba ardiendo y el agua de las mangueras lo mojaba todo.

—¡Salga, señorita! —me dijo un bombero—. Es peligroso que se quede. Esto —señaló la techumbre— cederá de un momento a otro.

Insistió dos o tres veces. Ya me disponía a obedecerle, resignada, cuando un joven rubio, con el pelo largo, pasó corriendo a mi lado.

—¡Las partituras! —gritó, y me dirigió una mirada agónica, como si se despidiera.

Le seguí como pude, sin reparar en las llamas que ya prendían en la planta baja, hasta la galería superior donde se encontraban las colecciones de música.

No teníamos tiempo para elegir. La galería amenazaba con desmoronarse, y al tocar una estantería noté el calor en las yemas de los dedos.

Casi a tientas, en medio del humo, tomé las carpetas que el joven me tendía y que parecía rescatar del fondo de un horno, y empecé a buscar la escalerilla.

Había que tener cuidado para no resbalar en el parque de la planta baja. Me di un encontronazo con alguien y ambos nos tambaleamos, pero conseguimos permanecer de pie. No se trataba del joven de las partituras, como pensé al principio, sino de Knoche, el director de la biblioteca, que llevaba un libro muy grueso en brazos.

Era, según supe al día siguiente por la prensa, la Biblia de Lutero, con las ilustraciones en color de Lucas Cranach el Viejo, acaso el mayor orgullo de la biblioteca, que el propio director acababa de rescatar.

Al salir, los bomberos nos obligaron a apartarnos de la fachada, por si algún elemento se desprendía, y a retroceder hasta el instituto superior de música. Para entonces, las llamas alcanzaban una altura de unos treinta metros.

Dejé las carpetas junto a la valla del instituto, cerca de un ginkgo alto y poblado, y volví a adelantarme, para ver si se presentaba el joven de las partituras.

Tuve la impresión de que tardaba mucho, y me disponía a informar de su desaparición cuando le vi aparecer con una caja de cartón llena. Se la entregó a los bomberos, miró varias veces hacia la muchedumbre, donde yo me encontraba, aparentemente sin reconocerme, y se fue por el lado opuesto de la plaza, en dirección al mercado.

Poco más de una hora después, el incendio se dio por extinguido. Algunos curiosos seguían llegando, y otros

se habían ido a descansar. A la luz de los faroles se apreciaban los daños con cierta claridad. El techo había ardiendo por completo, y en el centro del edificio se abría una hondonada, como si una bomba, al caer, lo hubiera separado en dos mitades casi exactas.

Empleados de la biblioteca y del ayuntamiento empezaban a llenar camiones con las cajas de los libros que se habían salvado, y que se amontonaban a lo largo de las aceras. Luego, los camiones partían.

—¿Dónde se los llevan? —le pregunté a una encargada de la biblioteca, que me conocía.

—En principio, a los almacenes.

Me comentó que, si el incendio hubiese ocurrido unas semanas más tarde, casi todos aquellos libros no se habrían encontrado allí, sino en un edificio que estaban acabando de construir en las afueras de la ciudad, y que disponía de todos los avances existentes.

Tardé en hallar mi bicicleta, porque los bomberos la habían apartado, como otros vehículos, para impedir que les estorbaran.

Al volver a pasar por la Puschkinstrasse, pedaleando de nuevo, descubrí una carpeta azul en medio de la calle. Parecía ser una de las carpetas rescatadas, que yo había abandonado descuidadamente junto a la valla, convencida de que alguien se ocuparía de ellas.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no la habían recogido con las otras? ¿O lo habían hecho y se les había caído de algún camión? Aún no lo sé, pero poco importa.



Tampoco puedo explicar mi reacción. Solo sé que me detuve para recogerla, la até al transportín con dos gomas de ganchos y seguí rumbo al taller.

Pensaba dejar la carpeta allí e irme a dormir a casa, pero uno de los bordes estaba chamuscado y sentí la obligación profesional de examinarlo. Además, sentía curiosidad por saber qué tenía entre manos.

Era una carpeta de cartón, con unos lazos en tres de los lados y las esquinas reforzadas, como las que algunos artistas utilizan para guardar sus dibujos.

Desaté los lazos y la abrí sobre mi mesa de trabajo. En su interior había otra carpeta azul, de cartón más fino, doblada en los márgenes para mantener el contenido en su sitio.

Abrí la segunda carpeta, que contenía una serie de hojas sin encuadernar. La primera de ellas, de papel más grueso, solo contenía una brevísima dedicatoria, redactada con una letra pequeña, regular, que decía: «A la Gran Duquesa María, amiga de las artes». Las restantes estaban escritas a lápiz por ambas caras, con una letra distinta, grande y vibrante, que parecía empequeñecer y agrandarse de pronto, formando palabras que tan pronto se agrupaban como se dispersaban, y que hilvanaban renglones casi siempre ascendentes, donde las mayúsculas destacaban con fuerza.

Era evidente que no se trataba de una partitura.

En cuanto leí las primeras líneas, me sentí deslumbrada y tuve que sentarme.

Renata Tarrach, una joven aprendiz de encuadernadora, se entera de que la biblioteca Anna Amalia, en Weimar, está ardiendo. Se lanza a la calle y acude allí para ayudar a bajar los libros en una cadena humana.

Cuando, muchas horas después, se dirige a su casa, Renata tropieza con una carpeta que debe haberse caído de algún transporte. En su interior encuentra un manuscrito redactado por Beethoven en julio de 1812, un cuaderno íntimo donde el músico le cuenta a una mujer desconocida, la amada inmortal, episodios de su infancia, su juventud y los inicios de su madurez. En el relato de Beethoven están siempre presentes la música y la contemplación de la naturaleza, fuente para él de continua inspiración.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1562531

ISBN 978-84-698-3356-8



9 788469 833568